

Osama Bin Laden, El banquero del terror

Walter Goobar
Editorial Sudamericana

CAPITULO TRES

RIAD: REGRESO A CASA

Cuando no inaugura mezquitas en remotos puntos del planeta, al príncipe heredero de la casa real saudita, Abdullah ibn Abdelaziz, le divierte hacer tambalear el mercado mundial del petróleo o dedicarse a tareas más pacíficas como la cacería con halcón a lomo de camello. El príncipe ha dirigido el reino del desierto desde 1994 cuando su medio hermano, el rey Fahd Ben Abdul Aziz Al Saud, sufrió un ataque de hemiplejía. En 1990, cuando Osama Bin Laden regresó a casa, el actual regente de Arabia Saudita le colocó una mano en el hombro, le sonrió y le habló sobre la amistad y la lealtad. Sus palabras eran suaves y su tono conciliador pero Osama no dudó de que detrás del tono amable había una amenaza velada:

--"Los miembros de la familia de Mohamed Bin Laden siempre han sido leales servidores del reino y nos han ayudado en momentos de necesidad," le dijo a modo de introducción. "Estamos seguros de que nada puede estropear nuestras buenas relaciones en el futuro." En ese lujoso salón del palacio de Riad, y mientras los curtidos veteranos afganos asentían respetuosos, Osama apenas pudo contener la furia.¹

Hasta ese año, Osama Bin Laden había estado de parabienes con la monarquía: iba y venía entre Afganistán y Arabia Saudita. Es más, poco antes del 2 de agosto de 1990 -fecha de la invasión iraquí a Kuwait- le escribió una carta privada y confidencial al rey en la que le ofrecía formar un ejército de 30 mil veteranos afganos para castigar al dictador iraquí. Le decía, además, que los hombres que habían derrotado a los rusos podían, fácilmente, acabar con Saddam, y se ofrecía a dirigir esa fuerza.

Abdullah, que había sido jefe de la Guardia Nacional, un ejército tribal destinado a controlar a las fuerzas armadas, lo mandó a plantear el tema ante su principal enemigo en la lucha por el trono, el Príncipe Sultán bin Abdul Aziz, que ocupaba el ministerio de Defensa. La rivalidad entre los dos príncipes es tan marcada que los sauditas los comparan con la de dos candidatos presidenciales en cualquier democracia. Nada más lejano, porque Arabia Saudita es una dictadura protegida.

Osama fue recibido por el ministro de Defensa saudita e intentó convencerlo de que no aceptara la presencia norteamericana. "Bin Laden desplegó mapas frente al Príncipe Sultan", relata un funcionario saudita. "Tenía toda clase de planes para derrotar a los iraquíes sin la ayuda de los norteamericanos".

--"Pero, ¿qué piensa hacer con respecto a los tanques, los aviones y las armas químicas y biológicas?", preguntó el Príncipe Sultán.

--"Los vamos a derrotar con nuestra Fe", respondió el millonario sin inmutarse.

En ese preciso instante, Bin Laden sufrió su primera gran decepción: su ofrecimiento fue firmemente rechazado. Lo último que la Casa Real saudita quería era un ejército de furiosos integristas luchando su propia guerra. Faltaba lo peor: en lugar de un ejército islámico que protegiera la cuna del Islam, la defensa de Arabia Saudita –y de los lugares santos de La Meca y Medina – fue confiada a los norteamericanos.

Arabia Saudita podría resumirse en dos ecuaciones: una familia: los Al-Saud, y una riqueza: el petróleo. Lo que no se suele decir es que este país es, ante todo, la cuna del wahabismo, el movimiento político-religioso de carácter integrista, influenciado por la riqueza petrolera y la familia de los Al-Saud. El wahabismo es beligerante, rígido, reduccionista y simplista. Su lectura del Corán es miope. Se sitúa en el otro extremo de la interpretación universalista del mensaje del Islam.

Cada vez que los dirigentes sauditas olvidan la pureza del dogma, los ulemas wahabíes se encargan de recordárselo. Su inflexibilidad llegó al punto de que el reino no pudiera celebrar sus bodas de oro en 1999, porque las dos únicas fiestas lícitas son religiosas: la aid el-kebir y la aid el-fitr. El establishment religioso controla, entre otras cosas a los agentes de la policía religiosa que tienen el poder de intervenir cuando quieren y donde quieren, para hacer respetar el ayuno del Ramadán, las cinco oraciones diarias, la forma de vestirse de las mujeres o la prohibición de consumir alcohol. El rey Faisal, que gobernó entre 1964 y 1975, tuvo que instalar clandestinamente la televisión en su palacio porque los wahabíes habían asaltado la sede del canal nacional en la capital.

A este puritanismo extremo se agrega un conservadurismo político absolutamente inquebrantable: los saud eliminan cualquier otra idea que no sea el wahabismo en los territorios que controlan y, a cambio, los wahabíes garantizan la obediencia de los fieles al poder. La receta funcionó bien... hasta la Guerra del Golfo. Allí, todo este delicado andamiaje político y religioso forjado por la monarquía saudita, terminó por volverse en contra del régimen.

Humillado y desencantado, Bin Laden asistió al desembarco de medio millón de soldados no musulmanes en su país y, con ellos, del alcohol, la abominable cultura de Mc Donalds y Coca Cola, de la permisividad con la pornografía y de los baños de sol en malla. Bin Laden, el hijo extraviado de la versión saudita del Islam, se sintió traicionado. Consideró esto como una invasión de los infieles que desafiaban –incluso– el mandato del Profeta Mahoma –"Que nunca haya dos religiones en Arabia"–, y comenzó a movilizar a los religiosos y a los activistas musulmanes en todo el Golfo Pérsico. Utilizando su poder y su prestigio, recorrió el país dictando

conferencias y sermones. Su voz se multiplicó por miles gracias a los cassettes que se repartían en las mezquitas.²

La rebelión se extendió y una petición, firmada por 700 predicadores reclamó, en 1991, la vuelta a la pureza wahabí y criticó, en términos velados, a la familia real. A dos jeques especialmente virulentos, Safar al-Hawali y Salman al-Auda, se les prohibió predicar y después se los encarceló.

El régimen saudita estaba inquieto con las actividades de Bin Laden y decidió prohibirle la salida de la ciudad de Jeddá. Para intimidarlo le allanaron la casa dos veces. Él estaba harto de ser un prisionero en su propia mansión y no se imaginaba la posibilidad de convivir en Arabia Saudita con las fuerzas estadounidenses, por eso aceptó la propuesta de uno de sus hermanos de que abandonara el país para arreglar asuntos de negocios en Paquistán. El problema fue que el príncipe Nayef, ministro del Interior, que le había impuesto el arresto en Jeddá, se oponía.

Los Bin Laden esperaron hasta que el ministro del Interior viajó al exterior y consiguieron que el príncipe Ahmed, viceministro de la misma cartera, levantara la prohibición. Ni bien llegó a Paquistán, en abril de 1991, Osama le envió una carta a su hermano donde le anunciaba que no volvería y le pedía disculpas por haberlo comprometido ante el rey y el ministro del Interior.

La familia, temerosa de que la fuga de Osama pusiera en peligro sus relaciones con la realeza, intentó infructuosamente hacerlo volver, y se vio finalmente forzada a repudiarlo públicamente. El exilio sumó presiones sobre Bin Laden: no quería intervenir en la guerra civil en Afganistán porque la consideraba un pecado y en Paquistán su vida corría peligro, porque los sauditas querían liquidarlo. A finales de 1991 surgió una ruta de escape: recibió una oferta de asilo por parte de Hassan al-Turabi, el clérigo sudanés que ejercía una poderosa influencia política en el régimen islámico implantado en 1989 con el golpe de Estado de Omar Hasam Al Bashir. Bin Laden no lo pensó mucho. Disfrazado, abordó un jet privado que lo condujo a Sudán, el país más grande del continente africano.³

SUDAN: EL BANQUERO DE ALA

“En nombre de Alá, el Compasivo”, los responsables del Al Shamal Islamic Bank dan la bienvenida a los internautas que se asoman al portal virtual del banco sudanés. La web es la puerta de entrada al epicentro de una red financiera que se extiende por medio planeta; una telaraña que Osama Bin Laden empezó a tejer hace una década. El nombre de Bin Laden no figura, por supuesto, en ningún documento de la web. Pero al empresario saudita se le atribuye la paternidad en la sombra de una entidad financiera con delegaciones en 18 ciudades, repartidas por el mundo oriental y el occidental. Sin ir más lejos, cualquiera que tenga un mínimo de 500 dólares puede abrirse un cuenta en las oficinas que operan en Londres, París, Viena, Frankfurt, Riad o El Cairo.

Al Shamal Islamic Bank es uno de los muchos bancos islámicos sospechados de mover fondos del terrorismo internacional. Y, a la vez, la entidad sudanesa es una de las numerosas empresas cimentadas sobre el robusto capital de Bin Laden.

La historia de este banco comenzó en 1991, cuando Bin Laden abandonó a la fuerza Riad y se radicó en Sudán. Surgió en menos de cinco años, como parte de un conglomerado que combinaba la Guerra Santa, los negocios legales, y el tráfico de armas y drogas. Osama contó –como había hecho durante la guerra en Afganistán– con la colaboración de islamitas extremadamente ricos para ayudar a Hassan al Turabi a fundar el Shamal Islamic Bank. Se calcula que el aporte de Bin Laden al banco fue de aproximadamente 50 millones de dólares. A cambio de su ayuda, el gobierno sudanés le entregó casi 400 mil hectáreas de tierras, que Bin Laden utilizó para tareas agrícolas y la cría de ganado.⁴

No quería acostumbrarse “a la buena vida” de la capital sudanesa. En Jartum la vida es monótona. Es una ciudad polvorienta, con un tráfico en el que abundan los Mercedes y los Toyotas relucientes, coronada de antenas parabólicas y ni siquiera en las bodas se permite el alcohol. Justo en Jartum, el Nilo Blanco, que baja del lago Victoria, y el Nilo Azul, que arrastra el limo de las cumbres de Etiopía, se encuentran para convertirse en el gran río africano.

Para no acostumbrarse “buena vida”, Osama, con sus cuatro esposas y sus hijos, se instaló en una casa de ladrillo y estuco que no tenía aire acondicionado. La vida en Sudán le resultaba tediosa: partidos de fútbol, excursiones por el Nilo e interminables discusiones político-religiosas para lograr la unión entre chiitas y sunitas, las dos principales ramas del Islam, enfrentadas desde hace siglos.

Fue justamente en Sudán donde se definió el rol que Bin Laden iba a tener en el terrorismo. Surgió de su relación con Hassan Abdallah al-Turabi, el líder espiritual de Sudán. Doctor en Derecho, educado en las universidades de París y Londres, Turabi es capaz de moverse como un pez en el agua entre el árabe, el inglés y el francés sin perder un ápice de ironía. Apodado “el Maquiavelo de Jartum”, fue el artífice de un acercamiento único entre un país árabe sunita como Sudán y un país no árabe chiita, como Irán: en diciembre de 1991 estableció una alianza con Irán que resultó en la creación de una “internacional islámica” que –a través de Bin Laden– manejaba un centenar de campamentos de entrenamiento terrorista en ambos países y coordinaba las actividades del Frente Islámico de Salvación en Argelia, el movimiento Al Nahda (Renacimiento) en Túnez, los Hermanos Musulmanes en Jordania, el Hezbollah libanés, la Jihad egipcia y el movimiento palestino Hamas.⁵

Bin Laden creó una especie de centro mayorista para el terrorismo islámico, conectando células y planes locales con organizaciones internacionales con su cruzada global. Su estrategia puede ser resumirse en uno de los muchos nombres claves que utilizaba: “el contratista”. El grupo Al Qaeda, que en árabe significa “La Base” y fue

fundado por Bin Laden en 1988, se fue convirtiendo en una constelación de musulmanes filipinos, argelinos, palestinos, egipcios e incluso norteamericanos, que comenzaron a ver a ESTADOS UNIDOS como un enemigo imperial guiado por un gobierno corrupto y ateo. En esa época, el millonario saudita trabajó con tenacidad para eliminar las diferencias doctrinarias, étnicas y geográficas entre los musulmanes. Según estimaciones del Instituto para los Estudios de Contraterrorismo, con sede en Tel Aviv, Bin Laden invirtió más de 900 millones de dólares en la formación del frente integrista que desbordó el Medio Oriente y comenzó a extender sus tentáculos en gran parte de Africa y en Asia Central.

Esta fue la gran novedad que aportó Osama al movimiento islámico radical. Se llama "ecumenismo" y se contrapone a lo que había sucedido a lo largo de la historia del mundo árabe, empeñado en mil cruzadas pero todas bajo la bandera del nacionalismo, del socialismo o, inclusive, de reivindicaciones religioso-políticas, pero siempre sectarias.

Si bien el Corán establece límites estrictos con respecto al cuándo y al cómo se libra una Guerra santa, los veteranos afganos volvieron a sus hogares ansiosos de aplicar los principios de la Jihad a sus países de origen. Según el islamista francés Gilles Kepel, autor de La revancha de Dios y Jihad: expansión y declinación del islamismo, los guerreros afganos se guiaban por una interpretación extrema de los textos sagrados del Islam y "se intoxicaron con la victoria musulmana en Afganistán. Creyeron que podían repetir la misma experiencia en cualquier parte y que el mundo entero estaba maduro para la Jihad."

-En Jordania fundaron el grupo, Jaish Muhammad, que intentó asesinar al rey Hussein, que se proclamaba descendiente del profeta Mahoma.

-En Argelia los afganos participaron en la fundación del Grupo Islámico Armado (GIA) el grupo más combativo desde que el gobierno militar deconoció las elecciones de 1991. El GIA, que inicialmente recibió financiación de Bin Laden, comenzó atacando blancos militares para terminar produciendo masacres entre los argelinos que no creían en la Guerra Santa.

-El comercio de la droga de la Media Luna de Oro también fue usado para financiar y equipar, a comienzos de los '90 al Ejército Musulmán Bosnio y al Ejército de Liberación de Kosovo (KLA); y hay pruebas de que los afganos lucharon en las filas del KLA-NLA en sus asaltos a Macedonia.

- Los principales líderes rebeldes de Chechenia, Shamil Basayev y Al Khattab, también fueron entrenados en campamentos patrocinados por la CIA en Afganistán y Paquistán. Según Yossef Bodansky, director de la Fuerza de Tarea en Terrorismo y Guerra No Convencional del Congreso estadounidense, la guerra en Chechenia se planeó durante una cumbre secreta del Hezbollah Internacional, llevada a cabo en 1996, en Mogadiscio, Somalía. A la cumbre

asistieron Osama Bin Laden y altos oficiales de inteligencia iraníes y paquistaníes. La participación del ISI paquistaní en Chechenia "va más lejos que brindar a los chechenos armas y asesoría: el ISI y sus apoderados radicales islámicos fueron quienes marcaron la línea en esta guerra".

Lo cierto es que los servicios de inteligencia nunca cortaron sus lazos con las redes de militantes islámicos sino que, por el contrario, desde el final de la Guerra Fría sus operaciones encubiertas se tornaron cada vez más sofisticadas. Esto explica, además, porqué Washington cerró los ojos al reino de terror impuesto por el régimen talibán.

Bin Laden aportó generosamente su tiempo y su capacidad para ayudar a fomentar el crecimiento del grupo de la jihad de Turabi, la Organización Internacional Popular (OIP) cuya misión, según Turabi, era "desarrollar un plan de acción global para desafiar al Occidente tiránico, porque Alá no puede seguir en nuestro mundo, haciendo frente al poder absoluto del materialismo".

Bin Laden interpretó a su manera el mensaje espiritual de Turabi: "El nervio de toda guerra es el dinero en cantidades ilimitadas", se dijo: "Para hacer la Guerra Santa primero hay que hacer dinero", concluyó.

AL QAEDA: EL IMPERIO DEL DINERO

La pista financiera de Bin Laden arranca en Sudán, los Emiratos Arabes Unidos y Dubai, y ayuda a sostener a los grupos fundamentalistas en Ginebra, Londres y Chicago. Durante una entrevista que concedió en 1996, Osama explicó: "Para decirlo de manera sencilla, nuestra ayuda llega a 13 países entre los que se cuentan Albania, Malasia, Paquistán, Holanda, Gran Bretaña, Rumania, Rusia, Turquía, Líbano, Irak y algunos países del Golfo . . .". Los fondos de inversión Ladin International, la empresa constructora Taba Inversiones y la empresa de transportes Qudurat Transport Company, ayudan a canalizar las inversiones y proporcionan cobertura para la compra de armas, explosivos e insumos químicos. Algunas fuentes sostienen que Bin Laden ha asumido la administración de buena parte de los fondos del gobierno Talibán. Diversas instituciones bancarias británicas-como el Barklays y el National Westminster Bank (transformado ahora en el Royal Bank of Scotland)- han prestado sus nombres a Bin Laden para adquirir uranio de Sudáfrica o pertrechos que llevan incorporadas altas tecnologías estadounidenses e israelíes como, por ejemplo, aparatos de visión nocturna y miras infrarrojas diseñados por ELTA, una empresa de óptica y computación de Tel Aviv y aparatos de navegación guiados por satélite.

En la cúspide del aparato financiero se encuentra el propio Osama, pero de las transferencias del dinero se ocupa su cuñado, Muhamad Jamal Khalifa, un ingeniero graduado en la Universidad de Harvard. Khalifa, rechaza los cargos y esgrime como pueba un recorte del diario saudita Arab News de 1998, en el que afirma haber

abandonado la Guerra Santa en 1989, después de concluída la guerra contra la Unión Soviética en Afganistán.

Según Vincent Cannistraro, quien se desempeñó como jefe de contraterrorismo de la CIA en Beirut, Khalifa ayudó a fundar el Ejército Islámico de Adén, que se atribuyó la responsabilidad en el ataque contra el destructor USS Cole. Khalifa estuvo detenido en ESTADOS UNIDOS en 1994, cuando las autoridades migratorias descubrieron que había sido condenado a muerte "en ausencia" por las autoridades jordanas por "conspiración para cometer actos terroristas." Fue deportado a Jordania, juzgado nuevamente, declarado inocente y autorizado a trasladarse a Arabia Saudita.⁶

Del manejo de las donaciones provenientes de instituciones caritativas islámicas, con sede en Estados Unidos, son responsables el jeque Muhamad Al Amadi, que reside en Etiopía, y Abu Zubayda, administrador de origen palestino que reside la mayor parte del tiempo en Europa. Según fuentes coincidentes de servicios de inteligencia occidentales, la mayoría de las donaciones estimadas en 300-350 millones de dólares anuales, descansan en una cuenta del Banco Islámico, en Kuwait.⁷

Parte de la estructura financiera de La Base ha sido conocida gracias a los informes del "arrepentido" Jamal Ahmed al-Fadl quien, durante algún tiempo, se había desempeñado como tesorero de Bin Laden, hasta 1996, cuando se descubrió que se había apropiado de las comisiones provenientes de las operaciones del grupo. "La estructura de Al Qaeda podría compararse a la de cualquier empresa moderna: cuenta con un comité de finanzas, otro de inversiones", explicó en febrero de 2001 ante un tribunal de Manhattan. La organización administraba una empresa llamada Laden International, una casa de cambios, una compañía de ingeniería civil y una firma agroindustrial que cultivaba maní y maíz. El desertor reveló que, además del Barcklays Bank de Londres, Bin Laden también tenía dinero en una cuenta del banco GiroCredit de Viena, hoy llamado Erste Bank. El terrorismo puede ser visto como un imagen deformada en el espejo de la economía capitalista. En ese sentido, Al Qaeda es una empresa que se adapta a las cambiantes necesidades del capitalismo globalizado. Como el ejecutivo de una gran empresa, Bin Laden determina las líneas estratégicas pero tiene poca ingerencia en la planificación. Bin Laden deja la selección de los blancos y el timing de los ataques en manos de su Estado Mayor. Su mayor contribución es el dinero, pero como sabe que dinero y poder son una misma cosa, el empresario del terror se resiste a dilapidar cualquiera de los dos. Como la mayoría de los ejecutivos de las grandes empresas, una de sus preocupaciones constantes es bajar los costos. En el atentado del 11 de septiembre invirtió medio millón de dólares, lo que constituye la cifra más elevada que Al Qaeda haya pagado por un ataque terrorista. A los 19 suicidas que estrellaron los aviones, el empresario del terror les había prometido que se ganaban la entrada a un Paraíso poblado de vírgenes de ojos negros. Era la receta perfecta para

mantener bajos los costos operativos de la corporación.⁸ Semejante poder económico no se reflejaba en la persona de Bin Laden. Así lo asegura el británico Robert Fisk, del diario The Independent, el periodista que más lo ha entrevistado y quien mejor puede dar cuenta de la evolución de su pensamiento. "La primera vez que me reuní con Osama Bin Laden",-cuenta Fisk- "irradiaba una humildad casi ostentosa: túnica y turbante blanco sin adornos, barba modesta. Estaba en el desierto sudanés, construyendo una nueva ruta que vincularía a un pequeño pueblo con la ruta Jartum-Puerto Said. Los habitantes del pueblo asaban carne y bailaban, en una pequeña fiesta de agradecimiento al héroe de la guerra ruso-afgana. Bin Laden, que financiaba la construcción de esa ruta, parecía satisfecho de asumir el papel de un guerrero convertido en benefactor que ayuda a los pobres y que al mismo tiempo rechaza los succulentos platos de comida que le ofrecen".⁹

Pero no daba puntada sin hilo. A cambio de la construcción de esos caminos, un aeropuerto, un gasoducto, y el multimillonario saudita obtuvo el monopolio de la exportación de semillas de sésamo y de la goma arábiga, dos actividades extremadamente lucrativas. Gracias a este monopolio, la Gum Arabic Company de Sudán, de propiedad de Bin Laden, provee del grueso de la goma arábiga utilizada tanto en la producción de medicamentos y cosméticos como en la elaboración de gaseosas. Sí: la goma arábiga se usa en la elaboración de las gaseosas, de productos farmacológicos y cosméticos porque evita la decantación en el fondo de la botella o de la lata. Es por eso que el periodista británico Simon Reeve, autor de Los nuevos chacales, un libro que retrata la gigantesca empresa bélico-financiera que dirige el magnate saudita, se atrevió a marcar con crudeza la ironía de que "cada vez que se vende una gaseosa de cualquier marca y en cualquier parte del planeta, la fortuna de Osama bin Laden aumenta y con ello crece también la capacidad de su organización terrorista para librar la Guerra Santa contra Occidente". "Bin Laden tiene más recursos que muchos gobiernos nacionales", señala Daniel Benjamin, un experto del Centro de Estudios Estratégicos de Washington. No se equivoca: según la revista británica Jane's Intelligence Review, el imperio de Bin Laden consta de los siguientes bienes reconocidos: barcos pesqueros y frigoríficos en Mombasa (Africa); la empresa de transportes marítimos Zirkani & Laden International, con sede en Sudán; el Banco de Recursos Botánicos de Jartum, dedicado a la exportación de frutos tratados genéticamente; talleres de pulido de diamantes y lapislázuli en Tajikistán; minas de diamantes en Uganda; empresas madereras en Turquía, y empresas exportadoras de frutas en diversos puntos de Africa y de Asia.

TEXAS: SIEMPRE TEXAS

No todos fueron éxitos. Bin Laden también sufrió algunos reveses financieros: un proyecto para importar bicicletas de Azerbaijan

resultó un fracaso. No consiguió comprar armas nucleares en Europa Oriental ni contrabandear fusiles kalashnicov a Egipto usando una caravana de camellos. Lo mismo ocurrió con un plan para transportar misiles Stinger a Sudán. El empresario devenido terrorista jamás perdió de vista su meta: Al Qaeda debía ser un buen negocio.

En 1993, y con el fin de transportar esos misiles desde Afganistán a Sudán, Al Qaeda contrató al piloto e instructor de vuelo, Essam al Ridi para comprar un avión con especificaciones muy precisas: debía tener una autonomía de vuelo de 2 mil millas y un costo inferior a los 250 mil dólares.

Veterano de Afganistán, Al Ridi era un egipcio naturalizado norteamericano que vivía en Texas y después de algunas semanas de búsqueda encontró un viejo T-39 en Tucson, Arizona. Lo compró, lo puso en condiciones y voló a Jartum donde le entregó las llaves, en mano, a Osama Bin Laden, durante una cena. Al Ridi dice que no respetaba a Bin Laden porque usaba su dinero para convertirse en un líder militar sin tener formación ni experiencia de combate:

--"Creo que lo que usted está haciendo con esos tipos (en Afganistán) es lisa y llanamente una masacre", le dijo el piloto y veterano de guerra durante el encuentro.

--"Esto no es Jihad. Esto es estrictamente un negocio", le respondió el saudita.¹⁰

Lo cierto es que Al Ridi rechazó la oferta de trabajo permanente que le hizo Bin Laden y aceptó sólo hacer algunos vuelos puntuales. Pero el proyecto de transportar misiles fue abortado cuando el piloto estrelló el viejo T-39 en el aeropuerto de Jartum. Atemorizado, compró un pasaje en el primer vuelo que encontró, y huyó de Sudán.¹¹

Bin Laden también fue el cerebro de una entidad financiera completamente autónoma, conocida como Brotherhood Group (Grupo de la Hermandad). A través de esta institución, los 125 hombres más ricos de Medio Oriente aportaron fondos de manera generosa y discreta para la causa islámica. Según comprobaron en 1994 los servicios de inteligencia egipcios, las cantidades de dinero en metálico que se destinaban a propósitos terroristas eran elevadísimas. Al describir las operaciones del Brotherhood Group se observó que "el dinero es empleado para la adquisición de armas y explosivos" y también "para pagar los salarios de aquellos que llevan a cabo las operaciones terroristas".

Bin Laden diseñó también diversas formas de ampliar el apoyo a los combatientes musulmanes en Bosnia-Herzegovina (en la ex Yugoslavia). A través de esta red, canalizó fondos a entre 4 mil y 6 mil terroristas valiéndose de numerosas instituciones de caridad islámicas, que se extendían por muchos otros países. Naturalmente, parte del dinero se destinaba a los menesterosos y enfermos, y esa ayuda contribuyó a construir la base necesaria para una futura revolución islámica y también para mantener las operaciones bajo

una apariencia de legalidad. A esa altura, Osama Bin Laden ya soñaba con trasladar la Guerra Santa al corazón del capitalismo.

NUEVA YORK: EL SUEÑO AMERICANO

Llegó al aeropuerto Kennedy de Nueva York el 1º de septiembre de 1992 en el vuelo 703 de la Paquistán International Airlines, procedente de la ciudad de Peshawar. Vestía al estilo afgano y mostró un pasaporte iraquí a nombre de Ramzi Ahmed Yousef. En un inglés bastante fluído, dijo que era un opositor a Saddam Hussein, solicitó asilo político y juró que su vida corría peligro si lo deportaban. La agente Martha Morales, oficial del Servicio Nacional de Inmigración (INS), escribió las iniciales "NQO" en su registro confirmando así que la nación más poderosa de la tierra no tenía "nada que observar" por la presencia de ese refugiado quien, seis meses más tarde -en la misma fecha en que se cumplía el segundo aniversario de la retirada de las fuerzas iraquíes de Kuwait- iba a hacer estallar el World Trade Center de Nueva York.

La guerra contra Irak había roto la alianza política entre Estados Unidos y las monarquías petrolíferas, por un lado, y los partidarios de la jihad, por otro. Estos últimos tomaron partido contra la coalición internacional. Pero la lógica de los servicios de inteligencia quiso que se mantuviera el contacto con los militantes, muchos de los cuales fueron invitados a residir en Norteamérica para arengar a los estudiantes musulmanes en las universidades, recoger fondos para la jihad afgana, y formar bases de apoyo y redes en ESTADOS UNIDOS. En este contexto se produjo el primer atentado contra las Torres Gemelas, el 26 de febrero de 1993, cuando un coche bomba explotó en el estacionamiento subterráneo causando la muerte de seis personas e hiriendo a otras mil. Recién cuando comenzaron a analizar los antecedentes del atentado, los investigadores norteamericanos cayeron en la cuenta de que estaban ante un nuevo fenómeno: descubrieron que Ramzi Ahmed Yousef y los otros tres hombres que llevaron a cabo el atentado estaban vinculados al Centro de Refugiados Alkifah. Este centro de refugiados, ubicado sobre una tienda china del barrio neoyorquino de Brooklyn, era una filial de la Oficina de Servicios, financiada por Bin Laden desde Paquistán y estaba a cargo de un imán ciego y discreto llamado Omar Abdul Rahman. Había sido utilizado por la CIA para encubrir transferencias de armas y dinero -realizados a espaldas del Congreso vía el Banco de Crédito y Comercio (BCCI)- y reclutamiento de voluntarios estadounidenses para la Jihad. Durante esos años, el Centro Al- Kifah enviaba unos dos millones de dólares anuales a Afganistán.¹²

Varios comandos británicos que entrenaron a los rebeldes afganos coinciden en que fue la CIA quien instó a Bin Laden a utilizar organizaciones humanitarias y mezquitas en los ESTADOS UNIDOS para reclutar voluntarios para la Guerra Santa. Del centro de refugiados en Brooklyn, los voluntarios pasaban a "La Granja",

nombre que lleva -en la jerga del espionaje- Camp Peary, un centro de reclutamiento de CIA, en Virginia. Allí los reclutas musulmanes provenientes de todo el mundo, aprendían las técnicas de sabotaje y de terrorismo. Entre los egresados más famosos estuvo justamente Ramzi Ahmed Yousef, quien actualmente cumple condena a cadena perpetua como principal implicado en el atentado. Lo capturaron en Paquistán, 25 meses después del ataque, oculto en un edificio de departamentos cuyo propietario era Osama Bin Laden.¹³

El caso del jeque egipcio Omar Abdel Rahmán, condenado también a cadena perpetua en una cárcel de Minnesota por la voladura del World Trade Center, sigue siendo una nebulosa de intrigas: se lo considera el autor intelectual pero los servicios secretos norteamericanos todavía no explicaron por qué le permitieron la entrada a los Estados Unidos

MOGADISCIO: LA CAPITAL DEL OXIDO

Somalía tenía todos los ingredientes para configurar un modelo de Estado para toda Africa: una misma etnia con un idioma común (somalí) y una misma religión (musulmana). Su capital, Mogadiscio, era una hermosa ciudad blanca, de casas coloniales y mezquitas.

Pero en 1991, cuando estalló la guerra civil y cayó el regimen dictatorial de Siad Barre, los "señores de la guerra" despedazaron el país en pequeños feudos. Mas de 30 mil soldados de la ONU fueron incapaces de imponer la paz, desarmar a las facciones y formar un Gobierno de unidad nacional. Pero el verdadero fracaso comenzó el día en que la ONU cedió el mando de la operación a Estados Unidos. Cuando los marines desembarcaron en Somalía, a fines de 1992, Bin Laden encontró la batalla que estaba buscando.

Osama mandó a sus propios comandos armados con AK-47s y lanzamisiles. Usando las técnicas que habían perfeccionado con los rusos, comenzaron a derribar helicópteros norteamericanos. Más tarde se sabría que los hombres que participaron en aquellos combates habían sido "entrenados por Al-Qaeda".

La misión de rescate de los americanos (de un año de duración) en apoyo de somalíes hambrientos paso de ser un esfuerzo humanitario a ser un atolladero militar en sólo tres semanas. Otra superpotencia había sido humillada. Y era otra victoria de Bin Laden.

El 3 de octubre de 1993, las tropas norteamericanas sufrieron numerosas bajas durante un combate con las fuerzas islámicas. 18 soldados murieron y muchos más resultaron heridos. Al día siguiente, para celebrar su victoria, los fundamentalistas islámicos arrastraron los cadáveres por las calles de la ciudad. Las humillantes imágenes recorrieron el mundo.

Tiempo después Bin Laden reconoció su papel en la humillación propinada a los norteamericanos Somalía: "Es verdad que mis compañeros lucharon contra las tropas norteamericanas en Somalía. Pero estamos luchando contra el terrorismo de Estados Unidos. Bajo la fachada de las Naciones Unidas, Estados Unidos intentó instalar sus

bases en Somalia para así poder controlar Sudán y Yemen. Mis compañeros mataron norteamericanos. No nos avergonzamos de nuestra jihad. Un centenar de norteamericanos murieron a causa de una explosión, luego otros 18 murieron en combate. Un día nuestros hombres derribaron un helicóptero norteamericano. El piloto consiguió salir del aparato. Lo atrapamos, le atamos las piernas y lo arrastramos por las calles. Después de eso, 28 mil soldados norteamericanos huyeron de Somalia. Los norteamericanos son unos cobardes"....14

Aunque Osama suele abultar las bajas enemigas y exagera su propio papel, es cierto que los norteamericanos emprendieron la retirada de Somalia después del ataque. Desde hacía dos años, habían ensayado años de políticas erradas, habían tomado partido por unos clanes frente a otros, habían gastado miles de millones de dólares, habían perdido a decenas de Cascos azules y habían matado a varios centenares de guerreros y civiles somalíes. Después de todo eso, la ONU y ESTADOS UNIDOS huyeron. Bin Laden consideró la retirada de las tropas norteamericanas como una de sus victorias más significativas. Si era posible expulsar a Estados Unidos de Somalia - pensó-, era posible liberar a todo Medio Oriente de las influencias occidentales.

Cuando Ahmed Ali Jimale inauguró en 1997 el primer banco que se establecía en Somalia desde que comenzó la guerra civil en 1991, un tercio de sus 300 empleados eran guardaespaldas armados con kalashnikovs. Cuatro años más tarde, Jimale había conseguido que Al Barakaat se convirtiera en el conglomerado financiero más importante de su nación con oficinas en 40 países e intereses económicos en sectores como la construcción, las agencias de viajes o Internet. Era un empresario modelo en un país sometido a la anarquía.

Sin embargo, en noviembre de 2001 el Tesoro Norteamericano congelaba los bienes de Al Barakaat acusado de financiar el terror. El bloqueo dictado contra Al Barakaat podría incluso alimentar los intereses de los movimientos radicales, ya que cerca del 80% de la población somalí depende de las remesas extranjeras de entre 500 y 800 millones de dólares anuales frente a los 60 que reciben de la ayuda internacional que canalizan estos bancos atípicos. El economista Michel Del Buono se muestra contundente: "Si hablamos de daños colaterales, esta decisión equivale al asesinato de civiles". Mogadiscio, la ciudad de casas blancas ubicada sobre el azul del Indico es hoy la capital del óxido: camiones y camionetas desvencijadas, sin vidrios, sin puertas, sin luces y sin chapa son los espectros de la destrucción. Las similitudes con Afganistán son asombrosas. Como Afganistán, Somalia se debate en una guerra civil desde 1991. En agosto de 2000, una conferencia nacional consiguió formar un gobierno de transición (TNG) y un parlamento. Los críticos de esta entidad afirman que el TNG y sus fuerzas de seguridad se basan en el apoyo de las llamadas Cortes Islámicas.

Estas instituciones se crearon en 1994 para aplicar la ley coránica. Su fuerza radica en los casi 2.500 hombres armados que llegaron a reunir y en el relativo apoyo popular que concitaron al acabar con el absoluto caos somalí, como hicieron los talibán en Afganistán. Citando fuentes del servicio secreto norteamericano, el Washington Post advirtió que la nación africana podría ser el próximo objetivo de ESTADOS UNIDOS después de Afganistán: el periódico aclaró que Washington evalúa dos opciones: una intervención de sus fuerzas especiales o una acción conjunta con el Ejército de Etiopía.¹⁵ Como Afganistán, Somalía es hoy un país fantasmagórico y desgarrado: sin Estado, sin Gobierno, sin policía, sin tribunales, sin escuelas, sin instituciones, sin hospitales, sin futuro.

REFERENCIAS